

En su club de París, Mónica Venner hace una buena demostración práctica de «kata guruma» o volteo de espaldas a un coronel del Ejército francés.



El judo es un deporte perfectamente regla

La increíble aventura de **MONICA VENNER**

Un reportaje de Claude
Guelbert • Fotos André
Sas - Europress



EXCLUSIVA

mentado. Con la mayor facilidad, el único tercer Dan femenino del mundo derriba limpiamente a su antagonista masculino mediante un logradísimo volteo de cadera.

UN JUDOKA CON FALDAS

—Señorita, si me derriba me inscribo en su club.

Sonriente, el coronel estaba sólidamente plantado ante un muchacha vestida con el tradicional atavío del judoka: kimono blanco y cinturón negro abrazando el talle. El coronel le sacaba la cabeza. Mademoiselle Venner suspiró:

—No puede imaginarse la cantidad de veces que he oído lo mismo. ¿Lo desea de verdad? No siempre puedo evitar el romper un hueso...

—¡Adelante! —animó el oficial—. He estado en los comandos, ya sabe, y...

El coronel no acabó la frase. Proyectado a dos metros de distancia, fue tan repentinamente derribado que su rostro no pudo ni mostrar sorpresa.

—¿Cuándo puedo inscribirme? —preguntó, como buen perdedor.

La escena ha ocurrido en París, hace un mes, en el pequeño club de judo que ha inaugurado Mónica Venner. De repente, París ha descubierto con estupor a esta joven que actualmente es la mejor judoka del mundo, la única occidental poseedora del tercer Dan —hizo el viaje París-Tokio sólo para conseguir su título, que únicamente los grandes maestros nipones **SIGUE**

UN JUDOKA CON FALDAS

PINTORA, ESCULTORA, ACTRIZ, PILOTO, MOTORISTA DE LA MUERTE Y... TERCER DAN

pueden otorgar—, además de sus otras muchas actividades: campeona de ajedrez, piloto, pintor, escultor, ex motorista de la muerte y, por encima de todo, infatigable «globe-trotter». Desde hace once años ha dado varias veces la vuelta al mundo desde el Cabo Norte al de Buena Esperanza, de Dublín al mar Rojo y, aún más, ha llegado hasta la cima del Kilimanjaro, a 6.000 metros de altura...

Mónica Venner tiene veintisiete años. Sus aventuras son tan numerosas que desbordan tres vidas normales y llenan de estupor a los lectores de un libro que acaba de publicar y que ya es un «best-seller»: «Le demon des voyages». Es el relato auténtico de la vida de su autora, la «Sanchiro francesa», como la llaman los japoneses, en recuerdo de un caballero nipón, samurai «sin miedo y sin tacha» que iba de pueblo en pueblo enseñando el arte del judo. La historia comienza el día en que un avión cae envuelto en llamas junto a un campo en que ella se encontraba, momento en que nace una de las numerosas vocaciones de Mónica Venner: ser piloto, para «dominar el aire».

Infatigable viajera, poseída por el «demonio de los viajes», Mónica traza imaginarias rutas sobre el globo terráqueo. Quizá piensa en su próxima aventura...



En Loikaw, pequeña localidad al norte de Birmania, con una de las extrañas «mujeres-jirafas», de las que ya no quedan más que una cincuenta.





En Calcuta fue huésped de honor de la Begum Jehanara Khan —pariente cercana del Aga Khan—, fascinada por los relatos de la joven trotamundos.

Al terminar la guerra tiene trece años y se divierte en intentar lo imposible, jugando a hacer acrobacias sobre los estribos de los trenes lanzados a toda velocidad. Para descorazonarla, el célebre Valentín —que más tarde encontraría la muerte en una de sus experiencias de «hombre-pájaro»— le proporciona su bautismo del aire, multiplicando en honor de su joven pasajera audacias capaces de estremecer al piloto más experimentado. Pero sale tan entusiasmada de la aventura que ya no cejará hasta conseguir su carnet de piloto «A». Entre tanto se construye un planeador, divirtiéndose en acariciar los árboles con el ala y está a punto de matarse en un accidente en el que el aparato resulta destrozado. Años más tarde expresará su desilusión al negarle las autoridades militares el permiso para marchar a Indochina como piloto de socorro. Pero esta adolescente tiene demasiada vitalidad para dedicarse a una sola cosa: también pinta, esculpe, se apasiona por la astrología y actúa en un teatro aficionado. Aún hoy, el general Koenig, que presidía una de estas representaciones, recuerda muy bien haber recibido en pleno rostro un zapato que se le escapó a la joven actriz por el ímpetu de la acción...

la mascota del "caissa"

A los quince años, Mónica descubre otra pasión: el ajedrez. Estudia durante días el «Manual del ajedrecista», del gran campeón Tartakover, sin sospechar que pronto el propio maestro, fascinado por la inteligencia de su juego, será amigo suyo. De momento, sin gran esperanza, se inscribe en el campeonato femenino de Alemania, ganándolo.

De vuelta a París ingresa en el «Caissa», un club donde no entra todo el que quiere, un lugar casi sagrado, el templo del ajedrez, donde se reúnen una multitud de fieles procedentes de todo el mundo, en especial los rusos exilados... Tartakover, el gran maestro, servirá de padrino a Mónica Venner, pronto convertida en mascota del «Caissa», donde pasa la mayor parte del tiempo. Con ciertos remordimientos al verla descuidar sus clases, los habituales se conjuran para enseñarle sus conocimientos. Un médico le instruye en física, un corredor de bolsa en matemáticas... Además, el santuario del ajedrez es un centro espiritual de primer orden donde, durante horas, se discute de todo lo divino y lo humano: filosofía y política, astrología y ciencias ocultas, religión y matemáticas.

Todo esto no impide a Mónica coronar brillantemente su bachillerato. Es su última concesión a la «vida seria burguesa», ya que el demonio de



En Africa, camino de la cúspide del Killimanjaro —seis mil metros de altura—, acompañada del guía. Una de las muchas increíbles aventuras de esta muchacha.

los viajes le sacude bruscamente el verano de 1951 y con un liviano equipo de camping se dirige al norte de Europa. El gran viaje ha comenzado. Tiene dieciséis años.

encuentro con el judo

La pasión por el judo tuvo como intermediario a un joven y atrayente profesor, gran mozo sin duda, puesto que Mónica encontró sus negros ojos tan irresistibles que se inscribió inmediatamente en su clase, en el gimnasio municipal de Horsham (Inglaterra). Después de un periplo de seis meses por Europa, arribó a las islas sin un penique en el bolsillo, aunque esto no era problema para ella, ya que siempre era ayudada con entusiasmo por los ajedrecistas del continente, prevenidos de su llegada. Encuentra trabajo —profesora de francés y alemán en un colegio para señoritas de la alta sociedad—, pero se aburre bastante. Para contrarrestarlo acude al gimnasio municipal para tomar clases de esgrima; allí se encuentra con el judo, que no le interesa mucho pero, en cambio, el profesor es tan seductor... Unos meses más tarde, Mónica está definitivamente conquistada, pero no por el profesor, sino por la asignatura. Es la única muchacha de todos los esforzados trabajadores del tapiz y se entrena afanosamente. Considera como una injuria personal ser vencida por los cinturones amarillos, naranjas, azules, verdes y marrones, decidiéndose a conseguir el cinturón negro, el grado más elevado, consagrando su vida en el empeño.

a 100 kilómetros por hora sobre el muro de la muerte

—¡Por fin algo nuevo! —se entusiasmó Mónica con los ojos brillantes. Acababa de llegar la familia Muller, con un número sensacional: la famosa «Motocicleta de la Muerte». Hacer acrobacias en equilibrio sobre una moto lanzada a 90 kilómetros por hora sobre una pared vertical era algo que nunca había intentado. El piloto, Jorgo, un joven austriaco lleno de cicatrices de pies a cabeza (en este oficio no se llega a viejo), buscaba un compañero capaz de mantenerse en equilibrio sobre el manillar de su máquina...

Durante dos meses hizo el papel de la alegre compañera sin miedo que, rodando a una velocidad suicida encima del vacío, a una altura de dos pisos, sonríe al público con tanta gracia como si se encontrara **SIGUE**



También campeona de ajedrez —otra de sus facetas—, disputa en Grecia una simultánea contra treinta y siete antagonistas, a los que vencerá en su mayoría.

UN JUDOKÁ CON FALDAS

sentada sobre una silla giratoria. El gran peligro es subir demasiado y ser proyectado fuera del cilindro a casi 100 kilómetros por hora hacia las estrellas. Esto le ocurrió un día a Jorgo, cuando hacía una exhibición solo. Se le enterró sin ceremonia.

—¡Yo ocupo su puesto! —decidió Mónica.

Nunca el pequeño circo de los Muller tuvo tanta afluencia de público: la «Moto de la Muerte», pilotada por una joven de dieciocho años, era el acontecimiento de la temporada.

—Estaba ebria de velocidad y de ruido —ha declarado Mónica—, transportada por la fuerza centrífuga, por la impresión de ser totalmente dueña de mí, de la máquina y de mi vida.

Un día de junio de 1954, en Guilford, un gracioso —inconsciente, quizá— tiró un «echarpe» negro sobre la cabeza de la conductora, lanzada a 100 kilómetros por hora. Todo pasó muy rápido: media hora más tarde, en un radio de cincuenta metros, se recogían las piezas de la moto esparcidas a los cuatro vientos. Pero no había ni rastro de la conductora. Sin embargo, por uno de esos milagros que no ocurren más que una vez en la vida —aunque en el caso de Mónica se ha repetido una docena de veces a lo largo de su existencia—, la joven fue catapultada hasta una plataforma de tres metros cuadrados, en lo alto del mástil central, donde estaban instalados los proyectores. Con la columna vertebral hundida y la pierna y la clavícula izquierda rotas, estuvo ocho días en coma y luego seis meses en el hospital. A su salida, a causa del «shock», había olvidado hablar y durante su larga convalecencia tuvo que aprender las palabras, una tras otra, como un niño que comienza a hablar. Cuando al año siguiente volvió a París hablaba con tal acento inglés que nadie la comprendía.

¿por qué no dar la vuelta al mundo?

A principios de 1956, Mónica consigue el cinturón negro de judo, pero no por ello se considera satisfecha. Busca otra cosa, aún vaga, quizá una filosofía de la vida, una disciplina que sólo los viejos maestros japoneses pueden enseñar. Necesita ir al Japón, por tanto; es ya una necesidad íntima, además de lo excitante que siempre es este tipo de viaje.

—¿Por qué no dar la vuelta al mundo? —se pregunta.

En marzo de ese año, en compañía de Jacques y Paul —dos estudiantes parisinos—, parte en «scooters» hacia el Macizo Central. Como los tres mosqueteros de Dumas, son cuatro: el restante, Pierre, un mecánico, ha

sido reclutado en el camino en virtud de su útil profesión, sobre todo cuando se quiere llegar al Japón pasando por Italia, Turquía, Irán, la India, Birmania, Indochina y, después de Tokio, saltar a Australia y América, antes de pensar en el regreso. Todo esto en cuatro años y con dinero sólo para llegar a Atenas. Claro que cuentan con dar representaciones teatrales, un método como otro cualquiera de ganarse la vida. Y Mónica Venner guardaba en su maleta, cuidadosamente plegados, un modelo de cóctel y otro de noche de Nina Ricci. Comenzaba una aventura que iba a tardar seis años en coronarse.

a la conquista del tercer dan

Francia, Italia... Los países comienzan a sucederse lentamente. Al tiempo, una serie de circunstancias y accidentes que obligan a abandonar a sus compañeros de viaje. El último, Pierre, retorna desde Trieste con el «scooter» y el poco dinero que aún le queda. Mónica parte sola hacia Yugoslavia... en auto-stop.

—¿Es usted la señorita francesa? ¡Bienvenida!

Fue la primera sorpresa: en Zagreb una delegación de ajedrecistas la esperaba para comunicarle la invitación del Gobierno durante su estancia en el país, además de darle la oportunidad de ganar una buena cantidad con sus artículos y sus charlas de radio. Algunos meses más tarde, en el Líbano, los periodistas calcularon que había ganado en dos semanas el doble que el presidente del Consejo, pero esta vez creando un club de judo —como haría desde entonces en todo lugar donde no lo hubiera—, de tal forma que la «Sanchiro francesa» era célebre en Tokio mucho antes de rendir viaje.

Atenas: 400 ofertas de matrimonio

—¿Podría intentarlo yo también? —preguntó Mónica inocentemente mientras observaba entrenarse a los primeros judokas griegos.

Le costó trabajo convencerles de que le proporcionarían un kimono, pero al momento, por medio de sucesivos «sasai» (bloqueo del pie que derriba al adversario), los quince sorprendidos judokas mordieron el polvo y se convirtieron en sus primeros discípulos. A la semana de su llegada, Mónica Venner pudo organizar la primera gala de judo en Atenas, donde permaneció seis meses y recibió 400 ofertas de matrimonio. Pero «Mademoiselle Judo» estaba a mitad de camino y partió para Turquía, dispuesta a organizar otra revolución deportiva, aumentada por las celosas costumbres tradicionales turcas, que excluyen a las mujeres de bastantes parcelas de la actividad humana.

El escándalo alcanzó categoría nacional cuando Mónica desafió a Selim Bey, el campeón de lucha libre del peso ligero, vencéndole en tres minutos ante tres mil enfervorizados espectadores, que exigieron una revancha inmediata.

—¡De acuerdo! —contestó Mónica—. Que le den un cuchillo y le desarmaré en el acto.

El asunto se presentaba difícil. Nunca había utilizado la llave defensiva contra el arma blanca y Selim Bey guardó el cuchillo en una de sus mangas, sin poder adivinar en cuál. Una sola falta, una reacción lenta significaba el fin definitivamente. Porque no se trataba de un juego. El ambiente de la sala lo demostraba: a los espectadores no les hubiera molestado ver destripada a la joven extranjera.

Bruscamente, el luchador atacó. Mónica no tuvo tiempo de reflexionar: los reflejos actuaron automáticamente. El cuchillo cayó sobre el tapiz, mientras que Selim planeaba por encima de su cabeza. A partir de entonces, la «Sanchiro francesa» adquirió tal popularidad, que su retrato aparecía junto al de B. B. en los cuartos de los estudiantes turcos.

Volvió a París después de una estancia en el Líbano —donde le sorprendió una revolución— y recorrer el continente africano en seis meses, ascendiendo al pico más alto del Kilimanjaro (6.010 metros). En Zanzibar fue huésped de honor de Su Alteza Lezyd Khalifa Bin Harub, que reina en la isla desde hace cuarenta y cuatro años. En Salisbury, Eward de Limburg-Stirum y su joven esposa, Helena de Francia, la invitaron a su plantación de té, Rudolphia Farm, donde permaneció tres semanas.

—París es la única ciudad del mundo donde no me he podido ganar correctamente la vida —dijo, partiendo al cabo del mes. Esta vez a Baden-Baden. Todos los caminos van a Tokio...

treinta toneladas de oficiales franceses por día

El general Vanuxen, adjunto del comandante en jefe de las tropas francesas en Alemania, tuvo una idea genial. Crear cursos de judo para los oficiales era, en sí, una excelente idea. Pero elegir como profesor a una

(Termina en la página 72)



«Osoto gari» o volteo de piernas. France, una pequeña de cinco años, ha llegado a cinturón amarillo y es la mejor alumna de Mónica Venner en París.

(Viene de la página 42)

joven de veinticuatro años era todavía mejor. Porque el general no se hacía ilusiones: sus oficiales no tenían ninguna gana de aprender judo, pero todo consistía en herir su amor propio, imposible de conseguir con un sargento-instructor.

El razonamiento del general era perfecto. Los primeros alumnos del «Profesor Venner», 45 coroneles de edad madura y humor desabrido, abrieron unos ojos como platos al ver al «instructor» y estallaron en una carcajada homérica; risa que desapareció cuando el primero hizo la rana después de un vuelo de tres metros. Metódicamente, minuciosamente, Mónica catapultó a los 45 coroneles, uno tras otro. Cuando se recobraron estaban en un estado de espíritu propicio para asimilar lo fundamental del judo: vejados y furiosos.

—Los dos años que pasé como instructor de judo en el Estado Mayor de las fuerzas francesas en Baden-Baden se encuentran entre mis mejores recuerdos profesionales. Pero estaba muerta de fatiga. Tenía a mi cargo 45 oficiales, es decir, 70 kilos cada uno por término medio, para proyectarlos cinco veces por hora y yo daba dos horas de clase por día. He calculado que al fin de cada sesión había levantado y volteado treinta y una toneladas y media de oficiales franceses!

...y el tercer dan

Dos años de vida sedentaria la animan a hacer otra pequeña escapada, esta vez al norte del círculo polar ártico, donde se pierde en la llanura de nieve y está a punto de morir; pero una vez más la suerte, en forma de cazador lapón, la ayuda a escapar al peligro.

Y, por fin, en febrero de 1962 Mónica Venner emprende el gran viaje, el sueño de su vida. Destino: Tokio. Una ruta de 38.000 kilómetros en cuatro meses, atravesando 17 países, empleando todos los medios de locomoción imaginable, con 200 dólares en el bolsillo por toda fortuna.

Tokio: el Kodokan, el templo sagrado, con un edificio de diez pisos enteramente dedicado al judo, donde cien mil herederos de los sumurais se entrenan regularmente. Los tapices de judo miden mil metros cuadrados, capaces para dos mil combates simultáneos.

Para conseguir el tercer Dan, Mónica deberá celebrar victoriosamente 25 combates simultáneos. Es la primera vez que una extranjera pretenda tal título. Y también la primera vez que los maestros del Kodokan lo conceden. El propósito estaba cumplido.

FIN

UNA NOTA DE Alegria



Un juego de toallas TROVADOR ayuda a "hacer ambiente" y hay muchos juegos en todos los colores de gran moda, lisos o de fantasía.

TOALLAS

trovador

PRACTICAS
BONITAS
ELEGANTES

INDUSTRIAS MARTI TORMO, S. A.

